

señor D. Raimundo de la Gala no tuvo más remedio que suspenderme; no fué suya la culpa, ni aún creo yo que la intención, segura estoy de que me guardaba cierto agradecimiento por el escrupuloso cuidado que de sus colecciones había tenido durante todo el curso; algo me dijo de ello, ó me debió decir, al entregarle yo la llave el último día de curso; digo debió decirme, porque, como de costumbre, no entendí palabra de todas las suyas; en el examen, además de no comprender, dí en la linda gracia de no contestar; estuve completamente idiota; todos los sistemas de cristalización teníanlos atravesados en la garganta, y la voz no acertaba á salir por tan escabroso camino; mirábame el docto tribunal con los ojos llenos de espanto; diéronme á elegir las lecciones, rogáronme que hablase siquiera fuese para decir un desatino ¡todo inútil! Puedes figurarte cómo volví al hogar, entre la desolación de mis siete hermanos. ¡Un suspenso en el pozo de ciencia que es la casa de mi padre! Tanto vale un borrón de cobardía en los blasones de un guerrero noble. ¿Qué te diré yo? A mí, nadie me dijo nada, pero mi padre y mis hermanos me miraban con tristeza

algo cómica, y andaban por la casa lanzando suspiros capaces de partir una peña; yo me marché á mi cuarto y lavé «mi deshonra» en amargo llanto; acudió mi madre, como de razón, y me consoló con sus maternales sinrazones; llegó Marianito, ¡y aquí fué Troya! Empezó por reirse de mis lágrimas—menos mal —pero luego se le antojó echar también á risa al señor catedrático; yo misma me asombro de haber sido capaz de furia tan extraña; todos mis rencores de novia por sorpresa hallaron desahogo en cinco minutos; Marianito se quedó literalmente mudo de espanto:

—Pues no te ha entrado á tí poco fuerte el entusiasmo por el don Raimundo!—acabó por decir, pasado el chaparrón de mis improperios.

—¡Eso á tí no te importa!

—Más de lo que tú te figuras.

—¿Y por qué?

—Porque, siendo tu novio, me parece que tengo derecho á preocuparme por las pasiones más ó menos científicas que se te ocurra cultivar.

—Siendo mi novio, puede que sí, pero...

—¿Pero?

—¡Pero ya no lo eres!

¡Qué asombro me causó á mi misma el sonido de estas cinco palabras! Juro que no las quise pronunciar, que no supe que las pronunciaba, que me cayeron de los labios empujadas por una fuerza completamente ajena á mi voluntad: fueron algo fatal, sibilítico, decreto de lo alto, sentencia de la misma verdad ofendida ó compadecida ¿quién sabe? por el error sentimental en que veníamos viviendo. ¿No recuerdas cómo ha dicho un amable filósofo que si el hombre sufriese por una causa verdaderamente justa, la naturaleza saldría de su indiferencia para llorar con él? Así en mi caso: el aire, el agua, la tierra y el fuego, compadecidos de esta pobre estudiante que tanto los ama, cambiaron por un momento su forma accidental de existencia, trocándose en sonido y pronunciando por mí, para mí y dentro de mí, las palabras libertadoras: ¡¡Ya no lo eres!! Decirte el gozo que, pasado el asombro, me produjo el haberlas pronunciado, es cosa de que no me reconozco capaz: hay sensaciones más que poemáticas, más que psicológicas, para las cuales sólo encuentra expresión adecuada el genio, porque son menester palabras reveladas, de esas prodigiosa-

mente sencillas, que luego forman las frases eternas y de aplicación universal; algo como el «lasciate ogni speranza» ó el «¡fiat lux!». No sé si me entiendes: el caso es que me puse contentísima por haber tenido el arranque de decir sin querer lo que estaba queriendo decir hacía tanto tiempo.—¿Es posible, pensé, que fuera tan fácil tan fácil de decir y y que haya tardado tanto tiempo en decirlo?

Marianito, en honor de la verdad, se puso un poco pálido.—¿Qué dices?—murmuró, y yo arrogante:—Lo que has oído, respondí, que ya no somos novios.—¡Oh, voluptuosidad de la reafirmación! Al asegurarlo por segunda vez, la verdad grata salió de las nieblas de lo casi soñado y se hizo realidad clara como el agua:—¡Que ya no somos novios!—volví á asegurar, y el agua limpia se trocó en diamante.—¡Que ya no somos...!

—¡Bueno, hija mía, buenol interrumpió Mariano, no me lo vuelvas á decir, que ya lo he oído. Marianito rogó cinco minutos; yo me mantuve firme, y él acabó por marcharse, después de haberme abrumado á epítetos: pérfida, cruel, coqueta, voluble. ¡A gloria me supieron todos ellos, como al mártir los golpes

que le van abriendo el camino del cielo; marchóse al fin; confirmé la situación inmediatamente, dando conocimiento de ella á mi familia—reyezuelo flamante, apresurábame á proclamar mis leyes—nadie mostró gran sentimiento; al cabo la familia es siempre el enemigo natural del novio, y se alegra tanto de verle desaparecer. Subí á la azotea. ¡Qué clara, qué tibia, qué suave, qué aromada me pareció la tardel! En el cielo, ya puesto el sol, navegaba la luna tan sutil, tan sutil como si fuera disco de filigrana; quedaban á poniente unas cuantas nubecillas rosadas; la madre-selva saturaba el aire de aroma fresco y sano; el río había aprisionado en el agua unos cuantos rayos de sol poniente, é iba vega abajo jugando con ellos; luego, empezó á formarse sobre la corriente una neblina azul... ¡Qué alegría tan grande de vivir me entró en aquel momento! Parecía que por toda el alma y por todo el cuerpo me hubiesen nacido alas frívolas, inquietas, que hubiesen de llevarme no sé á dónde; bañóseme el espíritu en un, inefable optimismo. Sí, la vida—sentía yo—es cosa buena, amable, digna de vivirse, llena de sentido... aun cuando no hace falta que tenga

sentido común: somos como árboles, y la vida nos sube de la tierra, ¡y qué gozo da sentirla subir, subir, subir, desde las plantas de los pies, cuerpo arriba, y estremecer la carne, é inquietar la sangre, y reir en los labios, y arder en los ojos, y acalorar la frente, embriagando con una calentura dulcísima, dulcísima, violenta, local...

Mi madre me encontró al cabo de dos horas tirada en el suelo, abrasada de fiebre, y diciendo cosas tan sin sentido, á su parecer, como:—¡D. Raimundo, don Raimundo de mi alma!—Acostáronme, y dicen que deliré toda la noche y buena parte del día siguiente.

22 DE SEPTIEMBRE

Cuando volví á tener consciencia de mi misma, encontréme con una porción de novedades: 1.<sup>a</sup>—Habían pasado cuatro semanas justas desde el día fatal: 2.<sup>a</sup>—Me habían cortado el pelo poco menos que al rape: 3.<sup>a</sup>—Mi enfermedad había sido de peligro, nada menos que fiebres tifoideas, y de las graves: 4.<sup>a</sup>—Mi don Raimundo, durante todo el tiempo de mi inconsciencia había estado tan enfermo como yo... y de la misma enfer-

medad; pero ya empezaba también á dar señales de vida. A mi la coincidencia me pareció providencial, aunque era sencillamente epidémica, puesto que parece que por aquellos días se presentaron en la, sí muy histórica, poco higienizada ciudad de X... una porción de casos de tifus, y algunos mortales, por causas que yo no soy la llamada á explicar. En resumen, los dos nos curamos, gracias á Dios, y á medida que íbamos haciendo pinitos, nos interesábamos mutuamente por nuestras convalecencias, pues á él también la voz popular le llevó la noticia de mis males, y de cuando en cuando venía á preguntar noticias de la niña un muchacho muy feo, pero muy buenazo, que se llama Teófilo, y que vive con él desde hace mucho tiempo, porque es sobrino de su doña Ramona; por cierto que yo no lo sabía, ni había reparado gran cosa en él, á pesar de que somos compañeros de clase hace dos años, y que este último curso éramos hasta compañeros de banco. Convalecimos en conmovedora unanimidad: volviéronme lentamente las fuerzas, y me empezó á crecer el pelo; llegaba el mes de agosto; los días, más bien calurosos, daban lugar á atardeceres suaves, oreados por fres-

cas brisas de montaña; mi madre decidió, de acuerdo con el médico, que me vendrían muy bien unos cuantos paseos hasta la casería de Peñarroya, para tomar el aire y beber leche recién ordeñada; mi hermano tercero se brindó á acompañarme, y allá nos fuimos tarde tras tarde, en amor y compañía, una hora antes de ponerse el sol, por el camino de las huertas, entre murmurar de regatos y cantar de chicharras. El aire olía bien, y yo estaba plácidamente melancólica. No te hablaré de sensaciones de convalecencia, ni de la alegría que da el volver á la vida después de haber pasado el tifus, porque esos son temas agotados ya ha tiempo en la literatura psico-fisiológica. Además, lo interesante del caso no es lo que yo sintiera ó dejara de sentir, sino el que á las cinco tardes de ir á la casería ¿á quién dirás que nos encontramos sentado debajo de la parra y tomando su vaso de leche con espuma? Al señor don Raimundo de la Gala, convaleciente como yo, asistido por mi mismo médico, y sometido por su consejo, lo mismo que yo, al régimen de brisa fresca y leche recién ordeñada. Acompañábale el sobrino de doña Ramona: saludámonos, yo con

bastante confusión, bebimos la leche, y luego rompimos á hablar con benevolencia, no sé si de cómplices ó de compañeros de infortunio:

—¡Con qué también usted!

—También, sí, señor.

—¿Y también el tifus?

—Sí, señor; también el tifus.

—Pero ya mejor ¿eh?

—Sí, señor, ya mejor ¿y usted también?

—Yo también, muchas gracias.

Pausa larga, durante la cual yo me admiro de haber tenido valor para hablar con relativo sentido común durante tanto tiempo.

—Es buena la leche de esta casería.

—Sí, señor, muy buena.

Nueva pausa.

—¿Este joven es su hermano de usted?

—Sí, señor, mi hermano Enrique; también estudia Ciencias, pero ha empezado este año, y por eso no le conoce usted; al curso que viene seremos compañeros.

Creo que al decir esto debí de ponerme muy sofocada. Don Raimundo no contestó, y estuvimos mucho tiempo callados; tanto que se hizo un poco tarde, y mi hermano dijo:—Me parece que haríamos bien en volver, porque luego

sube la niebla del río, y te puede hacer daño, Teresita.

Nos levantamos todos y volvimos juntos. La tarde olía á gloria é invitaba á callar: veníamos despacio; al señor profesor no se le conocía en la cara la enfermedad; á mí me daba un poco de rabia tener el pelo tan corto; nos separamos, llegando al arrabal, con un hasta mañana, que dijimos á un tiempo. Yo dormí en un sueño toda la noche, y al día siguiente me desperté cantando. A la tarde, vuelta á la casería: ya estaba allí también mi don Raimundo, pero no había querido tomar la leche esperando á que llegase yo; semejante atención nos dió motivo á risas cordiales, y mientras bebíamos á dúo, entramos en conversación: no te voy á contar lo que hablamos, ni este día ni los siguientes; insensiblemente fuimos tomando confianza, tanta que, una semana más tarde, me llegó á decir:

—Me parece imposible, Teresita —oyendo á mi hermano, tanto él como el sobrino de doña Ramona habían tomado poco á poco la costumbre de llamarme Teresita, y á mí me daba mucho gusto oírmelo llamar—me parece imposible que desconozca usted el goniómetro de Wollaston.

Yo me puse como una cereza: precisamente el maldito goniómetro estaba en la lección primera de las que me tocaron en suerte en el exámen, y no podía recordar sin bochorno su existencia; el doctor sonrió, añadiendo:—No se sofoque usted, que no es para tanto; pero dígame usted la verdad, porque es una curiosidad que tengo. ¿Le conoce usted ó no le conoce?

¡Que si le conozco! y me sé de memoria todas las modificaciones que sucesivamente han introducido en él Mallard, Mitscherlich, Hirschwald, Mohs, Babinet y Groth... ¡Que si le conozco! Como si le hubiera inventado. Afortunadamente, con la enfermedad parece que se me hubiera desvanecido la timidez cristalográfica,—un efecto del tifus que pueden estudiar los doctores,—y tomando como quien dice carrerilla, expliqué al profesor estupefacto, c por b, todo lo que es posible explicar de cuestión tan amena. Tan seria me debí de poner, que, sin poderlo remediar, soltó la carcajada; también mi hermano y el bendito Teófilo se echaron á reír; yo entonces me detuve un poco confusa. —Siga usted, siga usted,—me dijo don Raimundo.—¿Y la distribución de las

formas cristalinas?...—¿En 32 clases de simetría?—interrumpí yo con encarnizamiento. Precisamente, la segunda lección del exámen.—Sí, señor, también las conozco.—Y las dije como el más elocuente de los loros. Al profesor, sin duda le divertía mucho el ejercicio, porque, sonriendo y cabeceando con benevolencia irónica, continuó:—¿Y los parámetros y símbolos... y la ley de racionalidad...? Y yo, como si en ello me fuese la honra, iba tema tras tema disertando como para premio de honor. Estaba sofocada, me palpitaba el corazón; si llego á equivocarme una sola vez, de fijo me muero de repente; tal empeño pueril tenía en demostrar á mi D. Raimundo que sabía su asignatura, cosa,—después me lo ha confesado él,—de la cual estaba perfectamente convencido, y que además le traía sin cuidado. ¿Entonces...?—te preguntarás. Eso mismo me preguntaba yo, pero, hija mía, los hombres son peores de lo que nos figuramos, y parece que de lo que quería convencerme el bueno del doctor, á través de los parámetros y símbolos, y con la complicidad de los siete holoedros regulares, era de mi amor por su interesante persona. Sí, Carlota, nadie lo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Edo. 1026 MONTERREY, MEXICO

creería, pero es verdad: parece que mi acento al hablar de la producción de cristales por acciones lentas, equivalía á la más elocuente de las declaraciones de amor, y el señor Catedrático saboreaba todas las dulzuras de un inconsciente «me muero por tí», en la precipitación casi balbuciente con que se atropellaban mis palabras al explicar el cómo y el por qué de las cristalizaciones imperfectas. Así va el mundo.

Ello es que se iba pasando agosto, y que la suavidad de los atardeceres aumentaba, y que cada día eran más morosas las despedidas en la primera casa del arrabal: la cura de leche nos sentaba á todos maravillosamente; en los últimos días, que ya eran los primeros de septiembre, habíamos tomado la costumbre de adelantarnos un poco á la vuelta, mientras mi hermano y el sobrino de doña Ramona cazaban grillos y cantaban coplas, y en una de estas vueltas, el profesor dejó de sonreír, y muy serio me dijo que, si no fuera por la poca diferencia de años y por el temor á cometer un crimen pidiendo á mi lozana juventud el sacrificio de unas cuantas ilusiones, acaso se atreviera á proponerme aquella colaboración senti-

mental en la casita de la muralla, con la cual había soñado yo una mañana del mes de marzo. De lo que contesté no me acuerdo: el caso es que él me dijo que yo era la mujer más buena del mundo, y además el ideal de mujer para un hombre de espíritu. Recuerdo que al oírlo me eché á reír, y él se puso muy serio, sin duda pensando que me reía de él; con lo cual, yo también me puse grave, y él volvió á sonreírse, y nos dimos la mano tan contentos. Y al día siguiente, él me dijo que cualquier día de estos tenía que ir á hablar con mi padre, y yo le contesté que no, porque si le hablaba todo el mundo diría que eramos novios, y yo estaba resuelta á no tener novio ni para casarme ni para no casarme; y, alabándome el gusto, me propuso él la boda para cuanto antes; y yo, bien contenta con su cariño, porque después de todo lo mejor del amor es la seguridad de que á uno le quieren y de que uno sabe corresponder, contenta, digo, con saber su cariño, y sin prisa ninguna por la boda, porque yo soy así, declaré formalmente que no me quería casar hasta que tuviese aprobada [y con sobresaliente] la cristalografía; lo cual era retrasar hasta junio el matrimonio,

puesto que, examinándome en septiembre, como alumno suspenso, no podía sacar más que aprobado; y tan á pechos tomaba yo lo de la reivindicación escolar, que mi buen doctor, sonriendo, aunque un poco contrariado, no tuvo más remedio que decir que sí; y empezó el curso, y asistía yo á clase, y estaba en mis glorias sintiéndome querida y bien querida... y no me equivocaba, porque á fin de octubre el señor Catedrático, llamándome aparte, después de una clase en que luminosamente nos había explicado el ángulo de desviación mínima, me aseguró que le era imposible, pero materialmente imposible, seguir viviendo á gusto sin tenerme á su lado, y que el invierno es la mejor época para iniciar las colaboraciones tanto científicas como sentimentales, y que junto á la lumbre de su chimenea había un sillón esperándome con los brazos abiertos, y que el hombre y la mujer que pierden una sola hora de felicidad son tontos de remate. En resumen: que debíamos casarnos cuanto antes, y que me lo pedía por todo lo divino y lo humano... con tanta elocuencia, que sacrifiqué mi sobresaliente, y el señor doctor habló con mi padre, y al día siguiente sorpren-

dióse la villa con la noticia, y pasados apenas dos meses, el tiempo justo de hacerme yo el equipo, nos casamos.

Me parece que va bien demostrado por activa y por pasiva el amor de la niña de Alcaraz al señor de la Gala: sin embargo ¿querrás creer que hay todavía quien se permite dudar de él y aun negarlo con el mayor cinismo, bajo el pretexto deleznable de que es inverosímil? ¡Como si estuviera una obligada á vivir con verosimilitud! Eso se queda para las comedias y las novelas que, al cabo, como son cosa artificial, necesitan cierto fundamento sólido; pero como la vida no es un artificio ni una edificación sino «vida» únicamente vida, precisamente vida, se prende, germina, florece sobre el más inverosímil é inestable de los terrenos: ¿no se ven lindísimas flores de montaña, azules, moradas, blancas y aun rojas en las mismas grietas de los peñascos: tan lozanas y satisfechas sobre el azar de un puñado de tierra que el viento de ayer trajo Dios sabe de dónde, y que probablemente el viento de mañana se volverá á llevar? Mi padre, mi madre, mis hermanos han consentido en que me case porque ante la voluntad de una mujer que quiere

casarse no hay fuerza en lo humano que baste: pero están convencidos de que no quiero, de que no puedo querer á mi marido. A mí se me sublevan razón y sentimiento contra tales escepticismos. ¿Por que, señor, por qué? ¿Sabes lo que se atrevió á decirme en la misma estación el majadero de Marianito?

—¡Ay, nena, nena, muy contenta te vas con tu enamorado prehistórico: á la vuelta te espero, y puede que entonces tengamos ocasión de alegrarnos juntos! —¡Habrás visto cinismo como este! A mi marido, este ambiente de duda universal, que á mí me saca de mis casillas, parece hacerle bastante gracia. No lo entiendo. Quisiera yo que mi cariño fuese algo indiscutible, evidente, cosa de luz propia, innegable como el amanecer, fuerza natural, fenómeno cósmico, ley física, fórmula matemática, algo que yo pudiese demostrar con el solo enunciado ante los ojos de la humanidad entera; por el contrario, la poca humanidad que me conoce, ó me va conociendo, en cuanto se percata del caso, empieza á dudar de su realidad. ¡Esa niña casada con ese buen señor! No le quiere, imposible que le quiera. Los más benévolos conceden á mi amor

cierto asomo de vida actual—¡las mujeres son tan caprichosas!—pero condeñándole á muerte en plazo breve y perentorio; sé de quién se ha atrevido á fijar fecha para mi infidelidad irremediable.—¿No es cosa para desesperarse? Y que, por lo visto, no hay alternativa. los cínicos me condenan á adulterio fatal; las buenas almas á morirme de tedio en una larga vida de no menos fatal desencanto. Dicen que tengo ¡vaya una razón! tal aire de alegría, tal aspecto de juventud inmarcesible, casi de infancia... Ciertamente que me he puesto de largo para ir á los altares; cierto que me he subido el moño media hora antes de pronunciar el sí; cierto que mi marido gasta lentes y empieza á tener canas, pero ¿y la copla, la copla sabia, la copla irrefutable: «Te quiero porque te quiero y porque me da la gana?...» Lo cierto es que á días me pone de malísimo humor esto de querer contra «el consentimiento unánime de las naciones.» Porque no creas que la tal incredulidad sea achaque exclusivo de X... Consolaríame entonces, pensando que mis conciudadanos son gentes atrasadas, provincianas, acostumbradas al invariable carril de la vida burguesa, incapaces de com-

prender ciertas quintas esencias psicológicas, ciertos excepcionales romanticismos de la sentimentalidad; no, hija mía, no; lo mismito que en X... me ha sucedido en Bélgica y en Holanda y en Inglaterra, y ¡¡en París!! admírate, en París, la cuna, el foco, la patria, el hogar de las novelas psicológicas... ¡Esta psicología de mi amor es inverosímil en todas partes! Cuando me muera esposa fiel ¡oh, ya lo creol y enamorada, después de haber vivido Dios sabe si ciento veinte años, de seguro se disputan mi cerebro todos los institutos psicológicos de Europa. Entramos en una reunión, lo mismo de sabios que de gentes frívolas; nos presentan, y apenas ha sonado el fatídico ¡y á mí que me gusta tanto oírlo! «El señor y la señora de...» no hay mujer que deje de sonreír maliciosamente, ni hombre que no se atuse las guías del bigote en ademán conquistador. ¡La cantidad de miradas lánguidas, de morosos apretones de manos, de palabritas con doble sentido que he tenido que soportar por esas capitales de Europa! Al principio me alarmaba un poco, temiendo que mi sabio se ofendiese; luego, y en vista de que no se ofende, en lugar de alarmarme, me

indigno... hasta contra mí misma. ¿Qué mil diablos tendrán mis diez y nueve años que así van suscitando á intenciones pecaminosas? Me miro al espejo... ¡y nada! No soy bonita, ya lo sabes tú: tengo los ojos negros, pero no muy grandes; la boca muy roja, pero no pequeña; el pelo castaño, ni mucho ni poco, sin ondas, ni rizos, ni bucles de esos que en las novelas acostumbran á prender corazones; soy morena de cutis, pero no á la romántica, sino con cierto rosa de buena salud sobre las mejillas, más bien un poquito prosaico; tengo los dientes limpios, porque me los cuido, pero no son de un blanco deslumbrador; la nariz anda muy lejos de ser clásica, y no tiene tampoco ese respingo desharmónico que dicen que es aperitivo sensual para ciertos temperamentos; la frente... dicen que la frente, y yo lo creo así, es lo más bonito que tengo en la cara: pequeña, lisa, levemente hundida en el centro, con el pelo bien plantado en arco, abundante en las sienas, cayendo en curva suave hasta las orejas chiquititas, acaracoladas, con el lóbullo bien despegado de la mejilla, lo cual dicen que es señal evidente de inteligencia... puede pasar, sí, sí, la frente puede

pasar; en *El Defensor de la Provincia* llegaron á salir unos versos de un chico madrileño en los cuales se hablaba de cierta clara luz sobre el marfil tostado de esta frente; pero tampoco en la frente está el daño, porque, al subirme el moño, con el fin de representar un poco más edad de la que tengo, me he echado el pelo casi hasta las cejas, con lo cual la frente no se me vé... y no gasto pendientes, así es que las orejas bien pueden pasar inadvertidas; además, que á nadie, que yo sepa, se le ha ocurrido nunca enamorarse de unas orejas, por chiquitas y acaracoladas que sean... en fin, que motivo no existe, á no ser que un exceso de misericordia impulse á los hombres á sacrificarse por el gusto de hacer saborear las delicias del amor, que sin duda desconoce, á una chiquilla, que no es precisamente una belleza, pero que está casada con un viejo. Esto de viejo lo dicen ellos, porque á mí me parece que los cuarenta y cinco son la flor de la edad para un hombre de ciencia, y que en mi cualidad libérrima de ser humano puedo con toda la altivez que el caso merece, afirmar mi derecho á la fidelidad y á la felicidad por el camino que más me guste. ¿No es verdad? Tuyísima

## SOLILOQUIOS DEL DISCÍPULO